

POESÍA ACTUAL



fringente de ciertas formas abstractas del lenguaje, carentes de contenido sensorial, moral o ideológico; quizás pueda comprenderlas de hombre, quedar incluso encantado con ellas, pero difícilmente sentir-

las. Sólo la sensibilidad de un poeta precoz, y preciso como el talento de un músico o un matemático, presente y siente la enjundia de la poesía lírica o abstracta.

Por ejemplo, Valéry presente a su amigo Mallarmé en el ideograma «Coup de dés». Mientras que mi ansia de conocer el sentido de lo que dice, aun admirando con frialdad su forma tipográfica y un tanto algebráica de decirlo, pone mis virtualidades de lector en la esforzada tarea de entenderlo, sin gozarlo. Consciente de que los más altos placeres son los que más cuestan, doy crédito a la buena crítica que valora la poesía actual. Pero parece raro que la cúspide de la expresión artística esté floreciendo, cuando las raíces y las ramas populares del arte literario —cuento, novela y teatro— hace tiempo que crecen marchitas.

Antonio GARCÍA TREVILJANO

LENGUAJE Y PODER



Me he referido, en anterior artículo, a la capciosa habilidad que los actuales poderes poseen para integrar a los ciudadanos, creando en su entorno un mundo de ilusiones que nubla la percepción de su propia realidad, muchas veces nada confortable. Encerrada en la cápsula de un mundo soñado la crisálida humana es incapaz de emprender el vuelo. Pero el recurso a la ilusión, concepto en que tanto insistió Freud, no es el único mecanismo de engaño utilizado por el poder. Uno de los más eficaces, en alianza con el indicado, es el proporcionado por la manipulación del lenguaje. Y ello puede conseguirse mediante estrategias muy diversas.

En unos casos ciertas palabras que alcanzan como dardos los aspectos más rechazables de nuestra sociedad son eliminadas del lenguaje «políticamente correcto». Las intenciones con que dicha exigencia de un «lenguaje políticamente correcto» fueron lanzadas, evitando términos de tradición ofensiva o discriminatoria, se ha invertido, convirtiéndose en artimañas de un discurso eliminador de la crítica implícita en determinados vocablos. Tal ocurre con términos co-

mo «imperialismo», «explotación capitalista», «lucha de clases», o, incluso, «clase social». Conozco casos en que algunos de dichos términos han sido suprimidos de artículos periodísticos por la nueva censura que ciertas redacciones han asumido. En lugar de ellos se han lanzado y difundido en los medios de comunicación y en el lenguaje científico expresiones que neutralizan los aspectos de la realidad social que podrían ser leídos y denunciados críticamente. Se utiliza un suavizante, como en las lavadoras, para que las delicadas sensibilidades de los poderosos no se irriten con las asperezas de un lenguaje incómodo. Así, se procura no hablar de clases —no digamos ya de sus conflictos— y como sustituto se utiliza el geológico término de «estratificación social» o, más recientemente, evitando cuidadosamente que se piense en niveles de diferente altitud, el de la «sociedad dual». La diferencia entre ricos y pobres, deja de ser una injusta desigualdad y se convierte en mera descripción de diversidades de realización humana, niveladas en un plano valorativo, como las que puede haber entre chatos y narigudos. Casi se sugiere que tal sociedad enriquece el panorama frente a lo que representaría una colectividad igualitaria, monolítica, ofendente de un paisaje menos atractivo variado.

Un caso muy curioso viene dado por la desaparición de los «Estudios sobre la mujer» o «Women's Studies», de notorio desarrollo en diversas universidades especialmente estadounidenses, a partir de los sesenta, y el brote en su territorio de los «Estudios de género». Con la nueva y elegante designación la especificidad de la problemática referente a la explotación y opresión de las mujeres se diluye en un nuevo dualismo paritario y, al mismo tiempo, teniendo en cuenta que las teorizaciones de tales estudios insisten en el carácter cultural del concepto de género, toda la decisiva problemática biológica de la condición femenina, de su explotación reproductora y económica, queda en la sombra. Incluso en castellano, dadas las resonancias gramaticales del término género, podría creerse que tales investigaciones se desenvuelven en el mundo lingüístico.

Es posible, empero, llegar, mucho más lejos y, no sólo neutralizar, sino presentar las realidades más negativas de nuestro orden social a través de expresiones que mágicamente las convierten en algo hermosamente positivo. Así cuando se habla de la «Comunidad Internacional» en verdad se está mentando a su dueño, el imperialismo estadounidense. Más escandalosamente aún las agresiones bélicas a los países que se quiere castigar como enemigos son descritas como «intervenciones en favor de la democracia». Uno de los fenómenos más interesantes en esta línea viene dado por el lanzamiento del término «globalización». Con tan pomposo nombre en apariencia humanista y unitaria se disfraza la política de las economías más fuertes y sus empresas para ampliar mercados, aplastando a los pequeños productores y conseguir mano de obra barata.

Carlos PARÍS

LA ESTELA DE MARAGALL

Cambian tanto los resultados de los sondeos que ya no se sabe qué pensar de las elecciones catalanas. Un día parece que Maragall logrará arrebatar a Pujol el sillón presidencial; al otro, es Pujol quien se recupera milagrosamente en las encuestas y se intuye que podrá repetir como Honorable.

El espía J.B., que rebuscaba en las papeletas de Ferraz, se enteró así de que en el cuartel general socialista lo que sí que se da como seguro es la subida de Maragall. En resumen, será un triunfo socialista (aunque no desbanque a Pujol) que viene de perlas al PSOE ante la proximidad de las elecciones generales. Y para aprovecharlo, Ferraz ha llamado al orden a Maragall para que re-

nueve y fe pública en el partido, pues contaban en Ferraz que el candidato andaba demasiado suelto y que hay que identificar, como sea, la subida de votos de Maragall con el PSOE en toda España, y dar la imagen de un partido triunfante.

Así entiende mucho mejor Juan Bravo los motivos del candidato al trasladar a Madrid una de sus jornadas electorales. Lo que quizá no esperaba es que la comida recaudatoria del Santo Mauro fuera un pequeño fiasco, y que Pujol le robara la cartera electoral con un acto simultáneo que sí que congregó al «todo Cataluña» del poder y las finanzas.

Juan BRAVO



No recuerdo otra época de mi vida donde se haya celebrado tanto la poesía. A juzgar por los premios y homenajes que se dan a los atletas y los poetas, se diría que en España, tras la chabacana «movida», brilla más que el Sol la luz natural de Grecia. Qué más quisiera yo, admirado Martín-Miguel, que cantar epinicios como Píndaro. Cómo no voy a lamentar, amigo Carlos París, la bastardía en el deporte, aunque no comparta tus románicas quejas por los avances técnicos en material deportivo y estilo de los saltadores de altura. Sólo me admira lo que es en sí admirable, y trato de explicar, más a mí mismo que a los otros, el sentido de lo que es socialmente explicable. Me ocupé en aquel artículo, hablando de los dioses en Sevilla, sobre el sentido del atletismo para la especie humana. Hoy quería hacer lo mismo con la poesía. A la que los medios de información, y este diario en particular, dedican una atención constante y esmerada. Pero, al concentrarme en el tema, creyendo que tenía algo interesante que dilucidar, me doy cuenta de mi indigencia.

Personas sensibles y cultas, a quienes debo momentos únicos de comprensión espiritual y permanente sentimiento de amistad, me dicen que la novela y el teatro están muertos, y la poesía viva. Tal vez sea verdad. Mi juicio no es de fiar. Por debajo del nivel marcado por los genios universales de la literatura, en mi acervo sentimental e intuitivo no encuentro, a pesar de los continuados esfuerzos que realizo para buscarlo, el abanico de matices de sensibilidad que, a otros mejor dotados, permite discernir la mayor o menor calidad de la poesía en la segunda mitad de este siglo. Casi toda me parece mediocre o artificial. Me aburre o me irrita. Seguramente porque he tenido la desdicha de no haberme educado para presentir desde la infancia todas las modalidades del sentimiento poético. La educación religiosa, la cultura de la burguesía profesional y la guerra civil determinaron, como en tantos infantes de mi generación, mis primeras lecturas serias: Libros Sagrados, Odisea, Eneida, Divina Comedia, Quijote, Hamlet, Lazarillo de Tormes, Gargantúa, Gil Blas, el Señor de Bembibre, Lohengrin, el Anillo del Nibelungo y alguna más. Sólo el Antiguo Testamento, aprendido de memoria entre los 6 y 9 años, y la Odisea, a los 12, impresionaron profundamente mi imaginación infantil. Hasta el punto de que luego no he podido sentir ya la emoción o la belleza poética más que en mitología o religión, en la épica o la tragedia.

Estoy convencido de que el sentimiento de la poesía, como el del amor, se predetermina con las vivencias de la infancia. Quien no ha leído poesía lírica, versos o rimas, de niño; quien no ha sido impresionado en su primera juventud por el juego de sonoridades o evocaciones que la combinación de palabras puras permite; quien no ha sido transportado de emoción intelectual en su adolescencia por la luz re-